

RETRATO DE LA PREBURGUESÍA ESPAÑOLA, PARTE DE ASENSIO SÁEZ Y ¡VIVA ASENSIO SÁEZ!

SANTIAGO DELGADO

Cuentos

Resulta relativamente fácil –y gratificante– identificar las líneas maestras de la cuentística de Asensio Sáez; la crítica especializada, incluido el prólogo de Belmonte Serrano, lo ha venido haciendo con acierto. Al Gabriel Miró citado con insistencia por todos, cabe añadir aquí la iconografía –aunque sea a nivel de coincidencia de soluciones– de un Chagall (el vendedor de globos flotando por los tejados, la niña de Comunión...), la eficaz pirotecnia metafórica de un Ramón Gómez de la Serna (raíces cúbicas como puntiagudos andamiajes, canalones de desagüe como trenzas...), o el coloquialismo fático, absurdo y educado de los «flash» de los diálogos de la cotidianidad pueblerina (que también utilizara Mihura aunque en otra dimensión), o las sabias alternancias de planos que toma, a buen seguro, de su tan admirado cine...

Pero sucede que aun siendo importante la personalidad literaria obtenida por el conjunto de todas estas señas de identidad, la médula de estos cuentos de Asensio Sáez no reside exclusivamente en ellas. Hablamos de esa pátina de dulzura, de niebla sentimental que envuelve argumentos y personajes, aunque éstos y aquéllos sean crueles y desagradables. Se trata de una elección, libre y consciente, del autor. Es su punto de vista. Tachar de poco realistas estos caracteres y temas es utilizar una medida inadecuada: así como el verticalismo corporal de un desnudo de el Greco instala su propia estética, al margen de la burda realidad, así Asensio Sáez, y entiéndase el

paralelismo hasta dónde debe llegar, escoge, como en su pintura, una bonhomía, un temblor sentimental... como "ultima ratio" de su narrar. ¿Es la realidad más decisivamente desagradable? ¿Son las personas de carne y hueso fundamentalmente más áridas? Son respuestas, como sus preguntas correspondientes, pluridimensionales. Asensio Sáez escoge su propia solución. Sólo el tiempo podrá decir de su acierto o desacierto. Muchas obras literarias y pictóricas de rango clásico buscaron y hallaron –al margen de esquemas, «fatums» literarios o didactismos morales–, en ese mismo modo de sentimiento y cotidianidad vecinal, su credencial de eternidad. El aduanero Rousseau, por ejemplo.

Hay, además, un logro –quizá añadido, no buscado– en estos cuentos de Asensio Sáez. Tenemos ante nuestros ojos un retrato cabal de la pre-burguesía española. Una masa social que ni gozó ni sufrió directamente el franquismo, y que merced a esas pacientes esperanzas de ansiar pisos, becas, médicos que les atendieran, ver cine..., logró por fin alcanzarlas y constituirse, por primera vez en la historia española, en burguesía. Lo hizo además retratando un ambiente vecinal y pueblerino que ejerce de símbolo respecto de España entera. El país, en su estado pre-burgués, ¿qué era sino el pueblo de los cuentos de Asensio Sáez, antes de ser la ciudad que hoy es? Junto a sus méritos estéticos, éste es el valor testimonial más claro de la narrativa del Académico de la de Alfonso X el Sabio: dejar nota de unos seres despolitizados y «desfilosofizados», que con su trabajo, frustraciones y paciencia hicieron, larga e incruenta, la revolución que ni nuestros políticos ni nuestros revolucionarios habían sabido hacer el siglo anterior. Naturalmente, el lector de cuentos literarios, ese que distingue el género de sus dos deplorables sucedáneos: la novela embutida y la estampa costumbrista (en tanto que quieren ser cuento)... ese que valora la cerrazón argumental –aun con estructura abierta–, la buena andanza narrativa, la adjetivación adecuada... ése puede obviar, natural y felizmente, todas estas disquisiciones de dómine, y gozar una buena literatura, hecha con el gozo honrado de quien se considera servidor del arte, que no su amo.

Parte de Murcia

Algo le faltaría a la creación, la divina del paisaje y la humana de su transformación, si no existieran los poetas y prosistas que como Machado, Azorin, Miro, Asensio Sáez... La escriben, y al escribirla la recrean: esto es, promueven, añaden, rentan la plusvalía de la emoción estética.

El libro es un viaje por urbe, huerta, mina y mar con el rico bagaje de cinco arcas y un bolsillo. Cinco arcas para recoger, para captar con los cinco sentidos toda la riqueza sensual de una tierra impar y mediterránea; y un bolsillo, breve, cordial; íntimo quizás, para introducir la entrañable emoción que aun naciendo como firme impresión sensorial, asciende en sublimada sinestesia a la temblorosa calima de lo poético.

Estamos ante una bella, bienvenida y enamorada prosa que tiene el don de la amenidad, valor literario de máxima alcurnia, que se debe, sin duda, a la andadura narrativa que articula las páginas de *Parte de Murcia*. Francisco Umbral ha dejado dicho que un artículo ha de ser compendio de un cuento y un ensayo; aunque, eso sí, sacrificados. El prosista sigue, misteriosa afinidad de los espíritus, el recado, pero le añade el fragante tomillo del amor a su tierra, jamás la pimienta del cinismo o el ajo del encanallamiento. Asensio Sáez que, aunque hacedor de prosas, para poeta tiró siempre, sacrifica, sin voz ni cordero que le detengan, hálitos poéticos, estructuras emocionales, y hasta versos enteros en el ara del artículo: *Hoy ya polvo enamorado en la noche de los panteones... El cuchillo de abril abría en estrella la capota mármorea del azahar*. Frases-verso que podemos leer a lo largo de los renglones y páginas de este hermoso libro. El artículo es para Asensio Sáez un cauce de comunicación a igual altura que la poesía; aunque sin la elevación de ésta. De todas maneras, nos quedaremos sin saber qué versos, qué trovos, qué romances, qué saetas de las que le surgen como sonoros bueyes de agua en los prados de esta Arcadia que es *Parte de Murcia*, son cosecha propia y cuáles no. Y tras lo poético, lo narrativo, como las dos caras en la imagen clásica de la moneda. Lo narrativo aporta la estructura, el esqueleto en el que se sostiene la carne: poesía y materia del artículo. A veces el cuento se apropia del soneto o romance, y del contenido y los incorpora como ambientación, como sujetos pasivos de la dinámica narrativa; entonces el artículo se hace, gozosamente, cuento. Así sucede en *Soldado de la desollación*, cuento cruel e inquietante a la vez, digno de la mejor antología de ciencia-ficción y de cualquier florilegio en exaltación del Imaginero murciano. Y es también la solvencia del investigador histórico que maneja y se mueve por la bibliografía, el archivo y la olvidada edición local, con soltura de dedicado. Quieran saber de San Gines de la Jara y sepan dato, fecha, suceso, todo recopilado y dispuesto como contenido común por Asensio Sáez.

La estirpe mironiana florece en el noble léxico, preciso, castizo y bello, que surge natural con la pertinencia de lo vivo, de lo palpitante; *Pantasanas que encarcelan entre la reja de la red el salto fugaz, ondulante de los peces*. Un Gabriel Miró

objeto de amoroso recuerdo en la última prosa del libro, lucido cierre a manera de broche y homenaje a un reconocido maestro.

Un leve pero estremecido suspiro sacude al cerrar el libro con ese golpe de las páginas amontonadas, hermano, acaso, del que se escuchara al caer la tapa del arca:

-Bien me hueles, muchacha.

-Es que he echado la tarde a arcas

Voz y aroma de un libro como arca de morera vieja que guarda todavía las fragancias de la hermosa sencillez de lo cotidiano, de algo a lo que ya nos hemos acostumbrado, por desgracia, a contemplar con hastío; un Miércoles Santo murciano, una saeta de abril en Cartagena... *Quiero combatir al tópico en su propio terreno*, ha dicho Asensio Sáez; y lo combate, y lo vence; y nos entrega el trofeo de una prosa envidiable, donde lo moderno no es desdeñado en irracional culto al tiempo pasado, ni iconoclastamente incorporado, o para obtener patente de contemporaneidad; sino asumido al discurrir de los tiempos y las cosas: *El Paco, que esta tarde me dedica una de Manolo Escobar*, dice la novia del minero.

Cuatro collages en interior, sabor de tipografía novecentista y perfil de naif último, abren las cuatro etapas de este viaje que acaba, como el río manriqueño, en la mar de un discreto morir; el de una prosa que deja abierta, por su palpito y brevedad, la posibilidad de una placentera relectura.

Lo murciano y lo cartagenero son alma y cuerpo del mismo ser en la escritura de Asensio Sáez; el molino de viento y la barraca se hermanan en los *años* y *leguas* que pasan a través de *Parte de Murcia*, un libro que legitima el orgullo de haber nacido en estas tierras.

¡Viva Asensio Sáez!

A mi amigo Asensio Sáez, maestro de escuela, pintor, escritor, librero y, sobre todo, hombre de bien, le van a dar una medalla muy importante, en Murcia, con motivo del Aniversario de la Constitución y de que cumple 80 años.

¡Felicidades, amigo y maestro mágico! Qué bien, que quien puede se acuerde de personas como Asensio, profeta en su tierra, y hombre universal por los cuatro costados. En dos de ellos, la pintura y la literatura, ha logrado una maestría que ha conseguido el reconocimiento de todos.

Te imagino, Asensio, componiendo ya el *christma* o cartel de Navidad, que, a buen seguro, te habrá encargado alguien, desde Murcia o Cartagena. Una Navidad sin *christma* o cartel de Asensio es como una Navidad sin Lotería o sin Reyes Magos. Sus imágenes, siempre fieles a sí mismas y al espíritu mismo de la Navidad, no han faltado desde que me recuerdo, en las calles, o en los comercios de la ciudad en la que vivo; incluso en muchos de los sobres que tanto van a abundar en los buzones estos días que ya se preparan por todas partes, habrá muchas imágenes de nuestro amigo.

No sé si Asensio lo sabe. Creo que sí, aunque él hace como que no. Pero, en los días en que anda con los pinceles, los lápices y las cartulinas para dibujar y componer su *christma* o cartel, los ángeles jóvenes son traídos por sus profesores de dibujo hasta su casa de La Unión, en el piso de encima de la librería. Allí, en silencio y por turno, van pasando a mirar por encima del hombro la labor del artista. Van pasando para aprender, naturalmente. Han de saber que los ángeles, en tanto que seres subordinados en lo celeste, no son perfectos, y han de salvar todo un sistema de enseñanza muy serio, que los lleva desde querubines hasta Tronos y Dominaciones. Asensio se sabe bien todo ese escalafón angélico. Bueno, pues, como decía, Asensio siente en su oreja el aliento de estos adolescentes angélicos, y se inspira directamente en ellos. De ahí la hermosura de sus postales navideñas. Los angelillos guardan silencio mientras el artista trabaja, y toman nota mental de su técnica. Luego, si hay que hacer algún montaje de representación, allá en el Cielo, ellos imitan a Asensio, componiendo sus propios escenarios, para agradar a las santas presencias que acuden con gozo a la función.

Pero Asensio no es sólo sus *christmas*. Es pintor de mucho calado, y escritor. Un narrador estupendo, que supo ver cómo aquella sociedad española ya no pueblerina, pero tampoco todavía urbana, iba saliendo de sus cascarón de rusticidad y sencillez, para adentrarse —eran los años de los planes de desarrollo— en unas estructuras urbanas, industriales y modernas. Sus cuentos, además de ser arte, son testimonio. Por todo ello, repitan todos conmigo: ¡Viva Asensio Sáez! Vale.